

MERITORIOS CULTORES DE NUESTRA

ETNOGRAFIA

EN EL XXVº ANIVERSARIO DE
"VENEZUELA MISIONERA"
POR PEDRO P. BARNOLA, S. J.

"Es de absoluta necesidad restablecer cuanto antes los antiguos misioneros [...] para reedificar las poblaciones de indígenas, e instruirlos en la religión, en la moral y en las artes necesarias de la vida".

Con palabras tan terminantes se expresaba el Considerando 4 del Decreto de 11 de julio de 1828, promulgado por Bolívar como Presidente de la Gran Colombia.

Tanto la prematura muerte del Padre de la Patria, como luego la disolución de la república, y los largos años de nuestras guerras civiles, fueron circunstancias que hicieron demorar por casi un siglo el cumplimiento de aquella disposición dada por quien mejor que nadie había conocido y estudiado las necesidades perentorias de los más genuinos venezolanos, los indígenas, que aún habitaban en condiciones primitivas extensas zonas del territorio patrio.

Más al fin llegó el día de la luz y de la salvación. Desde 1922, con la erección del primer Vicariato Apostólico del Caroní (en tierras del Estado Bolívar y del Territorio Federal Delta Amacuro), empezaban a cumplirse los deseos del Libertador. Y de nuevo la cruz del misionero, abriéndose paso por entre bosques y ríos de la inmensa y rica zona guayanesa, iba a llevar, con el agua santa del bautismo, fe, redención y civilización a nuestros olvidados hermanos indígenas.

Que la labor de los abnegados apóstoles del Evangelio era ciertamente necesaria y eficaz, y por ello digna de toda protección, fue probándose al correr de los años. Y por eso Estado e Iglesia, en feliz entendimiento, fueron gradualmente abriendo el radio de aquellas actividades hacia todos los puntos importantes de la población indígena. Y ya no fue sólo el Vicariato del Caroní, sino luego el del Alto Orinoco en tierras del Territorio Federal Amazonas; y el de Machiques en zona de nuestra Goajira en el Estado Zulia, recientemente extendido —con gran éxito y para pasmo de muchos— hasta la temible tierra de los *motilones*. Y así mismo aquel inmenso campo del primer Vicariato del Caroní hubo de ser dividido en dos jurisdicciones, para mejor intensificar y organizar el trabajo; y para ello se deslinda la zona del Delta y se crea el Vicariato de Tucupita. Entretanto también por lugares del extenso Estado Apure se extiende la labor misional entre los no escasos reductos indígenas necesitados de igual asistencia espiritual.

Van corridos, pues, cuarenta años en los que al par con el veterano y más numeroso grupo de apóstoles de la *buena nueva*, formado por los hijos de San Francisco, de la Orden Capuchina, también los hijos de Santo Domingo y los Salesianos de San Juan Bosco, todos a una, y con igual celo y fortaleza, hacen labor de fe y de patria, y cual guardianes de nuestras fronteras, fundan pueblos, cultivan la

tierra, descubren sus ignorados tesoros naturales, y elevan a la categoría de cristianos y de útiles ciudadanos, a los habitantes de esas más alejadas porciones del territorio nacional.

Bien quisiéramos ofrecer en esta ocasión un cuadro, siquiera a grandes rasgos, de las faenas espirituales y civilizadoras llevadas a cabo, con callada tenacidad, por todos esos bienhechores misioneros durante estos cuatro decenios. Esperamos confiados que en oportunidad tal vez no muy lejana —cuando logremos celebrar nuestro proyectado primer Congreso Nacional de Misiones—, el público podrá conocer y admirar detenidamente, en todos sus valiosos aspectos, cuál y cómo ha sido la obra que nadie más sino los misioneros han podido realizar en los distintos territorios asignados a su celo, bondad y sacrificio.

Empero hoy nos toca referirnos, más concretamente, a la labor cumplida durante veinticinco años, por la revista mensual *Venezuela Misionera*.

Quienes hemos tenido alguna experiencia al frente de publicaciones similares, no de índole comercial, ceñidas a determinada finalidad cultural, sabemos lo arduo y fatigoso que suele ser en nuestro medio, lograr regularidad y perseverancia —mes a mes y año tras año— en la publicación de tales revistas. Para que su presentación y su contenido despierten siempre

nuevo interés en sus lectores, y se logren los fines propios, se requiere capacidad, dedicación y entusiasmo nada comunes, amén de múltiples sinsabores y sacrificios no fácilmente advertibles una vez aparecido, y puesto en las manos de todos, cada nuevo número.

¡Qué fácilmente se dice: 25 años de **Venezuela Misionera**! ¡Qué bien lucen los tomos encuadernados de esos 260 y tantos números que puntualmente han visto la luz y desparramándose por todos los rincones de la nación! Pero qué alto nos deben hablar de la pericia, del celo y de la cultura de los Padres Capuchinos, que como Directores y colaboradores, durante todos estos años, sin interrupción, han sacado adelante una obra que hoy, y sobre todo en el futuro, ha de ser fuente riquísima y tal vez única de datos importantísimos para el conocimiento y estudio de la historia civil, religiosa, social y cultural de esos núcleos de nuestra población indígena.

Es cierto que esta Revista ha tenido la necesaria finalidad especial de difundir entre el público general el conocimiento de la obra de los misioneros, para de este modo despertar el interés de todos los buenos venezolanos, a fin de que con sus oraciones y ayuda económica, colaborasen en la evangelización y civilización de nuestros hermanos indígenas tan necesitados de todo.

Pero **Venezuela Misionera** no se ha presentado en ningún caso como un mero boletín de reclamo limosnero, con relleno de crónicas ligeras sobre andanzas de los misioneros en su labor apostólica, o con epistolario de rutina para solicitar ayudas o agradecer la generosidad de los bienhechores; cosas éstas que estarían perfectamente justificadas.

Sin embargo, mucho se engañaría quien, sin parar mientes más que en sólo el título de la revista—sin adentrarse un poco siquiera en el denso contenido que sus ya miles de páginas— la juzgara como una simple publicación ligera y piadosa, de unos buenos frailes, pobrecitos misioneros, que deman-

dan la caridad pública en favor de esos indios que están por allá lejos..., y que con ese fin nos cuentan algunas cosas raras de sus costumbres y vida entre aquellos bosques y bohíos.

¡Qué grave equivocación sería pensar de esta manera!

Sin temor ninguno podría retarse a que alguien señalara hoy publicación alguna venezolana que, en lo que va de siglo—para no remontarnos más lejos— presente tan abundante, variada y auténtica información científica y cultural, en materia de etnología, folklore, lingüística, etc. respecto de los núcleos de población indígena de nuestra Patria.

Ya en el pórtico del primer número, en enero de 1939, al trazarse el programa de contenido de la Revista, se indicaba expresamente que ofrecería información actual sobre: Costumbres de los indígenas; Cuentos, leyendas y tradiciones; lingüística, cantos, música; Folklore, Fiestas. Se señalaba, pues, desde el primer momento, la preocupación y el interés de darle a la publicación un carácter prominentemente cultural, a la par con el otro más directamente divulgativo de la obra misionera.

No hay un solo número de **Venezuela Misionera**, en toda su extensa colección, en que el estudio de alguna de esas disciplinas de antropología cultural, tan cultivadas en nuestros días, no encuentre datos preciosos, de primerísima mano, que con fina observación y alto espíritu científico, han ido recogiendo esos ilustrados misioneros, cuya labor creen muchos venezolanos no bien informados que se reducé a bautizar y enseñar el catecismo a los indios.

Es cierto que ellos son por esencia los enviados de la Iglesia en busca de las almas de los infieles, para llevarles el don de la fe y de la salvación. Pero son además igualmente los civilizadores y maestros, los padres, guías y amigos más sinceros y desinteresados del indígena, con quien desde el primer momento entran a convivir y hacerse como uno más en aquel medio pri-

mitivo. Allí aprenden la lengua de los nativos, para mejor entender su psicología y sus costumbres, y poder así transmitirles con más acierto las nuevas enseñanzas de moral, de civismo y de religión.

En esa convivencia diaria y permanente—que sólo Dios sabe cuánta abnegación requerirá muchas veces— créanse vínculos de mutua confianza entre el misionero y sus neófitos. En tales condiciones aquél puede, como nadie, observar, conocer y estudiar todos los más importantes y variados aspectos de la vida y costumbres de esos grupos raciales que aún conservan un gran tesoro de sus tradiciones y prácticas ancestrales. Toda esa auténtica información recogida y transmitida luego por los misioneros en sus escritos al mundo civilizado, son un aporte, insustituible e invaluable, a las diversas ramas de la moderna ciencia que estudia las razas humanas.

Día vendrá en que investigadores y sabios bendecirán la hora en que sufridos y celosos misioneros, haciendo honor a la cultura de la Iglesia, y a la tradición de sus antepasados de otros siglos en esta misma tierra, se dieron a la encomiable y valiosísima tarea de recopilar y publicar todas esas páginas de geografía, de costumbrario, de leyendas y creencias, de lingüística y de música, con las que ya han acreditado sus nombres—sin haberlo pretendido— y forman casi una tradición benemérita, por no citar sino algunos, los Padres Bonifacio de Olea, Basilio del Barral, Baltasar de Matallana, Cesáreo de Armelleda, Gaspar de Pinilla, y el fecundísimo compilador de tantas tradiciones Guaraúnas, Alvaro de Espinosa, hoy Vicario Apostólico de Tucupita.

Bien podría tan acreditado grupo de cultores del indigenismo más auténtico proceder a crear el E.V.I. (sigla de las publicaciones llamadas **Estudios Venezolanos Indígenas**), cuya matriz había sido en los primeros años la revista **Venezuela Misionera**. A esos estudios pertenecen obras tan importantes como **Etnografía de los Indios Guaraúnos**, por Mons. Fray Angel Turrado, Vicario Ap. de Machiques, el **Ensayo Gramatical del Dialecto de los In-**

dios **Guaráunos** (volumen de 430 pp. del citado P. B. de Olea; la **Gramática y Diccionario de Lengua Pemón** (dos volúmenes de más de 500 pp.), por el P. Cesáreo de Armellada; el ensayo sobre **La Música Indígena Taurepan**, del P. Baltasar de Matallana; y las diversas obras sobre lingüística, música y otros temas de los indios **guaráunos**, por el activísimo P. Basilio del Barral, quien por falta de medios no ha logrado aún publicar sino parte de esas obras. De entre las publicadas no habrá lector que no saboree hasta la última página del ameno libro de 350 páginas, titulado **Lo que cuentan los indios guaráunos**.

Imposible detenernos a espigar ejemplos de esos utilísimos escritos en campo tan exuberante como los tomos de la Revista. Pero sepase que ya desde el segundo número empezó el citado P. Alvaro de Espinosa su incansable serie de **cuentos y tradiciones de los indios guaráunos**, en las que no sólo se narra la tradición, sino en cada caso se da la interpretación que ayuda a conocer el alma y la psicología de dichos indios. Quien quiera conocer en su más pura fuente la tan citada leyenda de la "**Kanaima**", aludida en la novela de Gallegos, hallará no pocas y bien documentadas páginas al respecto en la Revista. Hay en el número dos (pág. 52), la primera fotografía publicada de cómo se encontraban los indios de la Misión de Araguaimujo en los primeros años de la llegada de los misioneros. Es todo un documento que ya puede servir de comparación entre aquel entonces y los beneficios actuales traídos desde que los Padres Capuchinos empezaron su apostolado.

Y para que se entrevea un poquito de lo que esa labor supone, partiendo de la necesaria adaptación del misionero al medio en que vive, basta recoger la frase que un Padre que se firma Fray Marino escribía, recordando la lección que le diera otro santo misionero de aquellas mismas tierras el P. Santos de Abelgas: "Para saber hablar con fruto a los indios —decía ese experimentado apóstol— tenemos antes que hacernos indios". Y añade el P. Marino: "No sé si todos

estarán conformes con el pensamiento. Para mí es todo un tratado de la más pura misionología". Y luego para que el lector vislumbre algo de aquella vida entre los "**guaraos**", se refiere entre otras cosas a la alimentación usual de dichos indios: "Comen tierra —dice— como los reptiles; hojas como los dantos; semillas del monte, como los monos; hierba, como el manatí; gusanos repugnantísimos, sin cocer y vivos como las cigüeñas; carne cruda, como los felinos. Comen cal, carburo, carbón, jabón, papeles, trapos, palos podridos y cosas inverosímiles, que solo vistas son creíbles. ¿Podrás creérmelo, lector, que a uno de nuestros indiecitos le sacamos del intestino un retazo de cobija de lana de treinta centímetros de largo?". Baste esa cita para que nadie imagine que es tarea tan sencilla esa de hacerse el misionero uno de tantos entre sus queridos indios.

No se crea, sin embargo, que se nos cuentan nada más que las cosas ingratas, como para despertar compasión o simpatía. Todo lo contrario. Gracias en buena parte a las exploraciones e informes que los misioneros han llevado a cabo, Venezuela se ha dado cuenta, en muchos casos, de los inmensos recursos naturales que ofrecen aquellas tierras antes casi ignoradas. El veterano y diligente historiador P. Cayetano de Carrocera, cuyas numerosas y ricas páginas de historia de las antiguas misiones y fundaciones de pueblos han hecho tan valiosa a **Venezuela Misionera**, en la biografía por entregas del ya nombrado venerable P. Santos, nos ofrece una estupenda descripción geográfica del Territorio del Delta Amacuro. Allí encontramos indicaciones tan útiles como esta: "Los principales frutos que se dan en la región, bastante comunes en otros lugares de la República, son: **Plátanos** en mucha abundancia; **caña dulce**, de la que fabrican el papelón y el aguardiente; **coco**, que se da de muy buena clase; **tabaco**, **arroz**, **yuca**, **ocumo**, **ñame**, **mapuey**, **ayvana**, **batata**, **frijoles**, **caroatas**, **chinchonchos**, **maíz**, **cacao**, **café**, etc. Entre las riquezas naturales debemos mencionar la explotación de las **palmas** que se emplean para

usos particulares; entre las cuales está la llama **temiche** (**phitelephans temiche**) cuyas pencas enormes se emplean frecuentemente para cubrir las casas; y el **moriche** (**mauritia fluxuosa**), cuyo uso más frecuente es para hacer **chinchorros**. Los indios **guaráunos** sacan del corazón de esta palma una especie de fécula, de que fabrican su pan favorito, la **yruma**. Para hacerlo lavan bien la fécula, y dejando sedimentar en el fondo de un recipiente el almidón resultante, lo tuestan en un **cabudare**. lo propio que se hace con el **casabe**, quedando la torta de un color moreno y pegajoso como si tuviera goma; sin embargo es muy sabrosa y alimenticia, sobre todo cuando está fresca. Se hace también el llamado **queso de moriche**, parecido a la **yruma**".

Tan breves y rápidas referencias son nada más que abre bocas para quien desee conocer por sí mismo el inmenso, variado y valioso tesoro de información que en estos veinticinco años ha venido acumulando **Venezuela Misionera**. Ojalá que un día pudiera toda esta producción clasificarse y agruparse por materias, para mejor divulgación y aprovechamiento entre quienes se dedican a esa clase de estudios. Seguramente que la Dirección de la Revista ya tiene pensado —y la fecha es oportuna— la elaboración de un índice sistemático, completo y cruzado, de todo el contenido de estos primeros veinticinco tomos.

Sirvan estas líneas de saludo y recuerdo en sus 25 años de tesorera labor, a nuestra hermana **Venezuela Misionera**, por la ejemplar contribución a la cultura nacional, con materiales genuinos y de primera mano, que a una con sus tareas apostólicas, ofrecen constantemente nuestros cultos misioneros a los estudios de la historia, la geografía y la etnografía patrias. El mejor elogio a semejante publicación, brota espontáneo de sus mismas páginas; y la frase de estímulo no la necesitan quienes tan llamada y asiduamente así vienen laborando durante un cuarto de siglo. Sí hemos de hacer constar, en cambio, nuestro agradecimiento. Padres Capuchinos: ¡gracias!